

Los pies descalzos

Los pies descalzos

Luis Enrique Erro

Instituto Politécnico Nacional
— México —

*A la memoria de EMILIANO ZAPATA,
una luz encendida en la oscuridad de nuestra Historia.*

Tonantzintla, 1950.

Los pies descalzos

Luis Enrique Erro

Segunda edición: Instituto Politécnico Nacional, 2004

Tercera edición: 2011

D.R. © 2011

Instituto Politécnico Nacional

Luis Enrique Erro s/n

Unidad profesional “Adolfo López Mateos”

Zacatenco, 07738, México, DF

Dirección de Publicaciones

Tresguerras 27, Centro Histórico

06040, México, DF

ISBN 978 -607-414-204-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*

<http://www.publicaciones.ipn.mx>

PRESENTACIÓN

Luis Enrique Erro fue un mexicano de talento singular que incursionó en las más diversas actividades de la vida. Fue por necesidad trabajador manual, puesto que en una época trabajó como panadero; fue deportista alcanzando un campeonato estudiantil de lucha libre y, como estudioso, incursionó en diversas disciplinas: contador público, astrónomo y escritor. En todas ellas se distinguió; pero además, su capacidad intelectual, que corría a la par con su inquietud, lo llevó a actuar con igual brillantez en los campos de la ciencia, la política y la educación. Sin duda alguna, su pasión fue el trabajo, el trabajo continuo y pertinaz como irredento, pues pareció que jamás se satisfacía en su empeño esforzado.

Hemos de señalar en forma muy sintética los rasgos sobresalientes de su personalidad y sus campos de acción, entre los que destaca su dedicación a la astronomía, inquietud intelectual que apareció en él desde niño cuando absorto, contemplando el firmamento de Morelia en Michoacán, se planteó interrogantes sin respuesta, pero que ya adulto y armado con instrumentos científicos y basándose en las matemáticas y la física, pudo convertirse en un astrónomo de avanzada bajo cuya creatividad se fundó el observatorio de Tonanzintla, Puebla. Fue de tal magnitud y universalidad su participación en esta ciencia, que cabe a nuestro país la enorme satisfacción de que, organizaciones internacionales de astronomía, dieran el nombre de este ilustre mexicano a un cráter de la Luna. Destacados hombres de ciencia mexicanos como Arturo Rosenbueh y Carlos Greed fueron, además de sus íntimos amigos, admiradores suyos y han dejado constancia de esa admiración al describir su personalidad polifacética.

En el campo de la educación participó desde su posición de diputado al Congreso de la Unión en las deliberaciones en torno al artículo tercero

constitucional. Ahí han quedado en el *Diario de Debates de la Cámara de Diputados*, las elocuentes y sólidas intervenciones de este intelectual; pero también actuó en el campo pragmático recogiendo los puntos de vista que sobre enseñanza técnica sustentaba el ingeniero Carlos Vallejo Márquez, quien fue alumno fundador de la Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos y Electricistas y más tarde enviado a Europa para perfeccionar su preparación técnica, de donde regresó con criterios avanzados que Luis Enrique Erro no sólo interpretó con fidelidad, sino que pudo, gracias a su brillantez, dar expresión filosófica y doctrinaria a la educación técnica. Luis Enrique Erro expresó una definición de esta enseñanza en la forma siguiente:

Enseñanza técnica es aquella que tiene por objeto adiestrar al hombre en el manejo inteligente de los recursos teóricos y materiales que la humanidad ha acumulado para transformar el medio físico y adaptarlo a sus necesidades.

Consecuencia de sus concepciones para definir e integrar la educación técnica en México, le permitieron, junto con Bassols y Carlos Vallejo Márquez, diseñar en 1932 un modelo educativo que definieron como “Escuela Politécnica”, dentro del cual se vertebraban estudios propedéuticos en la llamada Preparatoria Técnica, este diseño perfectamente programado, fue sin duda una etapa que justificadamente se llama Génesis del Politécnico.

Eusebio Mendoza Ávila

ÍNDICE

I	Se compra una india	11
II	Insomnio.....	37
III	La muñeca de cera	59
IV	Tanto monta, monta tanto	87
V	Paquito en el pico de la cigüeña	119
VI	“Esta mujer tiene miedo”	149
VII	La espada vuelve a su vaina.....	183
VIII	La aparición de Nuestra Señora.....	211
IX	“Peores cosas les hicimos nosotros”	247
X	La mano de Dios	283
XI	La edad moderna	323

Casi pardeaba ya la tarde.

Por la calle llamada hoy Luis Moya y en la época a que nos referimos Calle Ancha, iban dos mujeres andando a gran prisa. La una, aunque no puesta en sus elegancias de vestir, iba, sin embargo, muy bien puesta; era guapa, un poco gruesa y llevaba en la cabeza una mantilla negra de encaje, en la mano derecha un abanico con el que se daba aire para quitarse el sofoco. Qué grande había de ser a juzgar por el apretado talle que lucía y que no era sino el resultado de bien amañado y estrecho corsé, muy de moda, claro es; pero que le hacía difícil la respiración, sobre todo para andar de prisa, que es como iba.

E iba así de aprisa precisamente porque llevaba consigo a la otra mujer, que era una india joven; con un rebozo tapada la cabeza y sostenido él con una mano (la derecha) sobre la barba, que casi le tapaba los ojos. Hubiérase creído que no quería ser conocida.

No era eso, sino que le parecía que para acompañar respetuosamente a aquella señora, debía taparse la cara lo más posible y colocarse un poquito atrás de ella. Andaba la india con paso menudito y asentado. La compañera metida en el armatoste del corsé no la hubiera podido dejar atrás ni corriendo, dado que hubiera podido correr. La india, además de ser mujer de campo y fuerte, no llevaba estorbo ninguno. Ni siquiera sabía lo que era un corsé. Y no llevaba ni pantaleta. Estamos cincuenta años antes de que esta prenda alcanzara a nuestra mujer del pueblo. Y eso únicamente en las ciudades.

Ambas mujeres llevaban prisa porque un niño de dos días de nacido no había probado bocado, o digamos, chupetón, en sus cuarenta y ocho horas de vida, y la india, que estaba criando una hijita suya, iba a darle de mamar para sacarlo de aquel prolongado ayuno.

Ambas mujeres se apresuraban, animadas de un impulso entusiasta y generoso. Eran algo así como un prelude de la Cruz Roja.

La mujer del abanico se cansaba y se ahogaba con la veloz caminata y le daba vuelo el abanico, que era una lindísima prenda de encajes. El andar de esta mujer producía un ruidoso y acelerado taconeo por la calle, que hacía volver la cara a los escasos transeúntes que por ella transcurrían. El andar de la india era completamente silencioso. Pero su prisa, su entusiasmo y su ánimo caritativo quizá eran mayores que los de la mujer del abanico; pues al fin y al cabo era ella la que iba a darle la teta al niño y con ello parte de su propio ser.

Porque narra este relato de cómo dos españoles (marido y mujer) y una india aglutinaron sus vidas y vivieron más de un tercio de siglo en mutua compañía.

Eran ellos emigrantes y vinieron a nuestro México con largos años de diferencia. Primero él, y ella después a hacerle casa y hogar. Oriundos de diversas y nada semejantes tierrucas, humildes de origen, ninguna otra cosa trajeron que su deseo de trabajar y su ambición de hacer fortuna, como tantos y tantos otros.

La india fue nativa de comarca muy cercana a la Ciudad de México. Y al principio de este relato era una muchachona de muy buen ver. En su comarca se cultivaba la tierra en pequeñas parcelas rodeadas de grandes y amplios canales, siempre llenos de agua, a las cuales se llamaba (y donde aún las hay aún así se les llama) chinampas. Al revés de los dos españoles, esta joven india tenía padre dueño de tierras que estaba llamada a heredar y hubiera heredado si no lo hubiera dejado todo y para siempre por cosas y peripecias que relataremos.

La causa de que estos tres seres llegaran a vivir tan juntos como lo hicieron fue que el matrimonio español tuvo un hijo, y la muchacha india, una hija un mes antes que ellos, aunque la india tuvo su hija sin matrimonio. El niño español, que nunca sirvió para nada que le diera trabajo, no pudo tomar el pecho de la madre por ser pequeñitos sus pezones. Fue, por tanto, necesario ponerle una nodriza. Y en esta calidad llegó la india a reunirse con los otros dos papás.

Esta buena muchacha se llamaba Juana. Y todo esto ocurría cuando ya el siglo XIX agonizaba y el XX, que ha sido tan sanguinario y truculento, se aparecía, como una alborada de paz y de indudable progreso, en el horizonte.

A su hija, Juana la bautizó con el nombre, que resultó profético, de Soledad. Pocos llamáronla así. Fue, en general, Chole, y para Juana, Cholita. Como no vivió al lado de Juana, sino al de una hermana de ésta llamada Piedad, fue también conocida en las chinampas por otras designaciones. La *Arrecogida* y la *Abandonada* fueron frecuentes. Pero el nombre Soledad y, sobre todo, sus transformaciones Chole y Cholita engendraron otras designaciones también usadas, o si se quiere, sufridas por la hija de Juana. Cholita dio lugar a Solita, y Solita, a Sola: la que está sola; que no era sino otro modo de llamarla “abandonada”. A veces decían al verla pasar: “Ahí va la Sola”.

En realidad, abandonada no estuvo, pues Piedad cuidó de ella tanto y tan bien como de sus propios hijos. Sin embargo, fue mala su suerte, y su vida pesada y llena de aflicciones.

No pasó cosa semejante con su hermanito de leche, el españolito, a quien encontraremos al principio de esta historia hecho un chiquitín hambriento y mimado y a quien dejaremos al final de este relato hecho todo un buen mozo, adinerado, lucido y sin aflicción o tristeza alguna.

Nadie lo hubiera imaginado en los primeros dos días de su vida, pues que se moría de hambre, berreando y chupándose las manitas día y noche.

Es por esto que en cuanto en su casa se supo que había por ahí cerca una india joven y sana, que estaba criando y buscaba colocación, salieron a por ella.

Juana había pasado por una mala temporada. Cuando quedó preñada huyó de su casa y dejó la chinampa para buscar trabajo en la Ciudad de México. La Ciudad de México, como es sabido, era entonces una ciudad chica en la que había algunas muy buenas casas, unos cuantos teatros; dos solos paseos: Chapultepec y la Alameda; enormes caserones de vecindad y barrios pobres muy abandonados. Dominaban el paisaje de la ciudad las casas de un solo piso, y la salud de sus habitantes, el tifo y la disentería.

Nunca se supo bien dónde trabajó Juana en las primeras épocas de su preñez, sino que había sido sirvienta. Jamás habló acerca de esto. Pero lo cierto es que cuando ya estaba muy avanzada la pusieron en la calle. Desde ese momento hasta que entró a criar al hijo de los españoles ya no volvió a trabajar. Y no porque no buscara colocación, sino porque no la querían recibir en ninguna parte con aquella barriga.

Anduvo mucho, pero mucho; todo el día y buen trozo de la noche, todos los días; tocando puertas. Algunas se cerraban tan pronto como se habían abierto, sin darle tiempo a decir nada. Quien abría y cerraba no sabía si aquella mujer iba a pedir limosna o a pedir trabajo. Más probable parecía lo primero. En otros casos la dejaban hablar, pero el resultado era el mismo. Una breve razón, buena o mala y se cerraba la puerta.

Aquella fue una dolorosa peregrinación. Juana no la hizo sentada en un borrico, acompañada de un buen hombre que diera la cara por ella y que, si no la protección segura, representara al menos la compañía. Pues que ésta es una forma mediterránea, casi europea, de la pobreza, la pobreza en nuestro país es asiática; a veces tan honda como en las profundidades de la India o del Tíbet.

Hizo sus caminatas sola, a pie, descalza y llevando cargado todo su patrimonio. Que con ser poco valioso era, sin embargo, pesado e incómodo de llevar.

A la usanza de aquel entonces, vestía Juana una blusa suelta en la cintura y abotonada hasta el cuello y una falda que llegaba hasta el suelo. Más bien dicho, cortada para llegar hasta el suelo por todos los lados, pero que no llegaba ya al suelo por delante, pues el alzado vientre la levantaba, poniendo al descubierto sus descalzos pies, sus desnudos tobillos y aún más de lo de arriba.

Dentro de la blusa, colgado al cuello y anudado en un paliacate, llevaba su dinero. El dinero ahorrado en seis meses de trabajo, que era en total doce pesos fuertes al ser despedida. Cargaba un petate liado cilíndricamente y dentro de él dos cobijas viejas y otros trapitos. Con estos doce pesos, un petate, unas cobijas viejas y otros trapitos, iba a afrontar su parto. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sabía. No tenía la menor idea. Lo que por de pronto buscaba era trabajo, pues sentíase aún capaz de hacer algo, tal como fregar pisos o lavar ropa. Y necesitaba conservar sus doce pesos, que iban mermando cada día que no trabajaba, pues cada día gastaba algo en comer.

El envoltorio del petate le cansaba los brazos; el continuo andar le cansaba piernas y pies, y éstos dolíanle. El miedo al parto le apretaba el corazón. Por este miedo seguía llamando a las inhospitalarias puertas aunque ya había perdido toda esperanza.